

©2010, Álex Rovira Celma y Francesc Miralles

© De esta edición:

2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60 - 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-1819-8

Depósito legal: B-27.590-2011

Impreso en España

Diseño de cubierta: © Jesús Acevedo

Sigue este libro en Facebook en La fuente de la felicidad:

www.facebook.com/lafuentedelafelicidad

Impreso por: **blackprint**

*A Herminia Forján Diz, que tiene un
corazón lleno de estrellas.*

Álex Rovira Celma

*A Niko, una nueva estrella
en el firmamento*

Francesc Miralles

«Llegará un día en el que, después de dominar
el espacio, los vientos, las mareas y la gravedad,
dominaremos las energías del amor.

Y, ese día, por segunda vez
en la historia del mundo
habremos descubierto el fuego.

Theilhard de Chardin

Índice

Introducción. Desde Japón con amor

1. El niño de las tijeras
2. Michel
3. Luz de luna
4. Herminia
5. Los recién casados
6. El amor más perfecto
7. Para que nada cambie
8. El pequeño maestro
9. El perfume de una rosa
10. La historia del soldado
11. La dama y los vagabundos
12. Carta desde Indochina
13. Un día más
14. La dieta de los libros
15. Una idea de bombero
16. Las estrellas y el corazón
17. La décima estrella

Epílogo

Mapa del amor

Donde esta historia termina y empieza de nuevo
Estrellas de amor para navegantes intrépidos

Introducción

Desde Japón con amor

Mi hija Mariona nació con un grave problema de corazón. Nunca olvidaré las palabras del médico en el Hospital de San Juan de Dios tras un primer diagnóstico: «No sabemos si tu hija vivirá y, si vive, no te puedo decir cómo quedará».

Eran las tres de la madrugada del martes 26 de julio de 2005, apenas una hora después de que la pequeña saliera del vientre de su madre.

Mariona había nacido dos semanas antes de lo previsto. El parto fue provocado en una revisión rutinaria de Mónica, su madre, pues apenas se detectaba el latido de la pequeña. Esa revisión rutinaria le salvó la vida. Unos días más en el vientre y mi hija no estaría hoy viva.

El 25 de julio yo debía partir hacia Japón en un viaje que duraría cinco días, con margen suficiente para regresar dos semanas antes del nacimiento previsto. Pero los acontecimientos lo impidieron.

Recuerdo que escribí un e-mail a Naomí Saito, mi editora en Japón. Le informaré de que, como era obvio, al estar nuestra hija gravemente enferma en la Unidad de Cuidados Intensivos, debía cancelar la presentación de *Los siete poderes* en el país nipón que con tanto cariño y entusiasmo había acogido a *La Buena Suerte*.

Estuvimos cerca de cuatro semanas en el hospital, las dos primeras con Mariona conectada a numerosas máquinas que la asistían para vivir, que drenaba el agua de su cuerpo, que la

alimentaban, la ayudaban a respirar y a controlar los latidos de su corazón.

Vi el sufrimiento de otros padres con sus recién nacidos debatiéndose entre la vida y la muerte.

Recuerdo el ritual de ver a nuestros hijos cada tres horas de día y de noche. También recuerdo que nos lavábamos manos y brazos con esmero y nos poníamos el gorro, el mono y los protectores de los zapatos de un color verde que tengo grabado en la memoria. El olor de ese espacio, las enfermeras que cuidaban a los pequeños, los médicos y sus visitas, el pitido de las máquinas...

Pero sobre todo recuerdo aquellos pequeños cuerpos, frágiles y preciosos, debatiéndose entre la vida y la muerte. Y aún hoy muy a menudo me pregunto qué habrá sido de las vidas de esos bebés y de sus padres. Y también a menudo rezo por su alegría, por su salud, porque hayan salido adelante con fuerza y amor.

Tras dos semanas críticas la salud de Marino dio un giro repentino y comenzó a recuperarse a ojos vista. La tercera semana la pasamos ya fuera de la UCI, en una sala próxima bajo el amable y atento cuidado de aquel extraordinario equipo de profesionales de San Juan de Dios, para quienes siempre me faltarán palabras de gratitud y reconocimiento.

Ese tiempo, desde el 26 de julio hasta finales del mes de agosto, mi vida se limitó a una suma de viajes de ida y vuelta entre el hospital y la casa de mi cuñada, Ana Tarrés, que generosamente nos brindó su hogar y adónde íbamos a recuperar fuerzas en apenas unas horas de sueño para volver al lado de nuestra hija.

Cuando Mariona recibió el alta, regresamos por fin a casa. Recuerdo que abría mi ordenador después de un mes apagado y entraron centenares de correos electrónicos, que fui repasando en una lectura rápida hasta que me detuve en uno de ellos que me llamó la atención.

Provenía de Japón. Lo firmaba Naomi Saito, de la extraordinaria editorial Popular, promotora del éxito de *La Buena Suerte* en ese país.

En él la editora adjuntaba centenares de muestras de apoyo por la salud de Mariona recogidas en Japón tanto entre profesionales de la editorial como de lectores y amigos.

Aquellas palabras en japonés, inglés y también en castellano eran muestras de apoyo, oraciones, palabras de aliento para la pronta recuperación de nuestra hija. Tardamos días en completar la lectura de ese correo. No sólo por la cantidad de textos recogidos por Naomi y su equipo, sino porque la emoción nos impedía avanzar en la lectura.

Pocos días después llamaron a la puerta de casa. Mariona evolucionaba bien y, a pesar de algún susto, iba ganando peso y se veía cada día mejor.

Cuando abrí la puerta, un mensajero me entregó una caja. El remitente era también Poplar desde Japón. Dentro de ella encontré un osito de ropa tejido con retazos de diferentes estampados, texturas y colores que sostenían un trébol de cuatro hojas entre las manos. Era un osito de apenas quince centímetros de altura, y era evidente que había sido cosido por una mano amorosa y experta, porque era impecable, original, muy bello.

Al lado del osito, recostado en una de las paredes de la caja, había un sobre. Lo abrí y encontré un texto en japonés con una carta adjunta con la traducción al inglés.

La carta decía lo siguiente:

Queridos Álex y Mónica:

¿Es un niño o una niña? nos preguntábamos sobre vuestro bebé justo cuando recibimos las dolorosas noticias.

Sentimos una gran tristeza por lo que estáis viviendo, porque también nuestra pequeña Kokoro nació con una rara enfermedad.

«Aunque no haya duda de que nuestra hija va a morir, ¿qué nos queda si no creemos en ella?». Ésas fueron las

palabras de mi marido cuando yo estaba presa del pánico. Sus palabras aún perviven en mi corazón.

Toda mi familia ha leído tu libro La brújula interior. Siempre nos has transmitido fuerza y coraje. Y por ese motivo te estamos profundamente agradecidos.

Desde nuestros corazones la familia Suzuki reza por la pronta recuperación de vuestro bebé.

Este osito que tenéis en las manos ha sido hecho con las prendas de Kokoro, nuestra hija, que vistió al nacer durante su larga estancia en el hospital. Fueron el regalo de una médica, que nos dijo que le sabía mal ver que siempre llevaba la misma ropa, los vestidos blancos con los que se viste a los pequeños que acaban de nacer.

Kokoro fue la primera niña en Japón que nació con una enfermedad tan extraña. Pero sobrevivió a esa difícil circunstancia. Y yo sé que la fuerza y el poder de Kokoro aún residen en la ropa que la abrigó y con cuyos retazos hemos creado este pequeño osito de ropa.

Lo hemos cosido Kokoro, Sara y yo misma. También mi marido nos ayudó a ello. El trébol de cuatro hojas lo encontraron mis hijas.

Por favor, guardadlo con mucho amor.

Vuestro bebé está luchando para vivir. Rezamos para que sane lo antes posible.

Astuko Suzuki

No podía parar de llorar. Entregué la carta a Mónica, que aguardaba a mi lado mientras me preguntaba qué decía.

Yo no tenía palabras.

Ella la leyó y también se emocionó profundamente.

Astuko Suzuki es la madre de Kokoro. Conocimos a toda su familia gracias a una preciosa iniciativa de mi editorial japonesa. Tras

el enorme éxito de *La Buena Suerte* en Japón, Poplar decidió hacer una concurso entre los millones de lectores del libro que llevaba por título *Historias de Buena Suerte*. Los lectores podían escribir a la editorial relatando qué impacto había tenido el libro en su vida. Las mejores historias serían recogidas en un volumen y los ganadores viajarían a Barcelona como premio y podrían tener un encuentro con los autores.

Y así fue. Astuko escribió la historia de cómo Kokoro, ahora adolescente, tras leer el libro había cambiado su actitud ante la vida y se mostraba con más fuerza interior para afrontar el desafío de vivir a pesar de su enfermedad.

Recuerdo que cuando vi a Kokoro con su familia sentía que aquella niña era, literalmente, un ángel. Un ser sumamente especial, lleno de luz y de amor. No por casualidad Kokoro, en japonés, se puede traducir como «corazón» o «alma». Ese nombre reflejaba con claridad a aquella joven de mirada serena y profunda.

El destino nos había reunido y la generosidad de Kokoro, de su hermana Sara y de sus padres se había traducido en un pequeño osito de ropa cosido con retales de los vestidos que la pequeña Kokoro había llevado en sus primeros días de vida. Todo gracias a la generosidad de un médico que quiso dar esperanza, mediante el color en el vestido de su bebé, a unos padres ante una situación de enorme dolor e incertidumbre.

Cada uno da lo que recibe.

Luego recibe lo que da.

Nada es más simple.

No hay otra norma.

Nada se pierde.

Todo se transforma.

Así reza el maestro Jorge Drexler en *Todo se transforma*, una de las canciones más bellas que jamás he escuchado. Este libro sigue el aforismo de Jorge. Decidimos escribirlo un día que conté esta historia a Francesc Miralles, amigo del alma y coautor del libro que tienes en las manos. Le dije: «Quisiera contar una historia que navegue por las principales dimensiones del amor, Francesc. Una historia hecha de retales de amor para la esperanza, la belleza y la generosidad, un libro para las buenas personas. Un relato inspirado en una historia de amor que nace en Japón y acaba en España».

Tras cinco años aquí tienes el libro ya en tus manos.

Un corazón lleno de estrellas es un homenaje a tantas personas que a partir de entonces me han enseñado a amar, entre las que aquí quiero destacar:

A la familia Suzuki, por su ejemplo y su generosidad.

A la editorial Poplar y a todos sus extraordinarios profesionales, Sakaisan, Nomurasan y Saitosan, entre muchos, por toda la energía, la fuerza y el talento que han puesto en cada uno de los libros que ha publicado en mi querido Japón.

Pero, por encima de todo, a la buena gente que se entrega a los demás, que da lo mejor de sí misma a pesar del dolor, la adversidad, el sufrimiento y la crisis. A esas personas que son luces, estrellas en el camino de nuestra vida.

A las personas que llenan nuestro corazón de luz, de estrellas.

No quisiera acabar esta introducción sin mencionar algo importante, algo que me llamó poderosamente la atención mientras estaba en la UCI, un día que nuestra hija había tenido una crisis cardiaca tras tres días después de nacer.

Un médico entró en la sala y se acercó a un bebé, quizá el ser más delicado de todos los que había allí. Recuerdo que era un niño prematuro, muy pequeñito, extraordinariamente frágil. Estaba dentro de una incubadora e infinidad de catéteres y cables llegaban y partían

de su cuerpo. El médico siguió todo el protocolo de supervisión de las máquinas que lo asistían para asegurarse de que todo iba bien.

Cuando acabó, se arremangó y se sentó en una silla al lado de la incubadora. Introdujo los brazos con suma delicadeza y comenzó a acariciar la sien de bebé mientras entonaba una nana, una canción de cuna son su suma ternura...

Pocas veces he creído tanto en el ser humano como entonces.

Ese gesto de afecto ante la vida que lucha por salir adelante. Esa canción tierna cantada por un hombre mayor. Aquel médico de gran prestigio con el pelo cano que se olvidó de su rol de «doctor» para ser profundamente humano y dar amor. Todo eso era la mejor medicina para aquel pequeño ser y me conmovió como pocas cosas lo han hecho en esta vida.

También a él, cuyo nombre ignoro, y al testimonio de humanidad, ternura y cariño que manifestó con ese gesto, va dedicado este libro.

Y a ti, amiga y amigo lector, porque si estás leyendo esto no es por casualidad. Dedico este relato a tu corazón, que a buen seguro está también lleno de estrellas.

Con cariño, *domo arigaro gozaimás.*¹

¹ «Muchísimas gracias», en japonés.

1

El niño de las tijeras

1946 tenía que ser un gran año. Sin embargo, el invierno se resistía a partir. Entrado marzo, las calles e Selonsville seguían cubiertas de nieve. Los que habían sobrevivido a la guerra, la ocupación y la pobreza temblaban de frío a la espera de una primavera que no acaba de llegar. Era como si la estación de la esperanza recelara de aquella ciudad francesa donde desde hacía cinco años sólo había florecido el sufrimiento.

Con los Alpes helados al fondo, mujeres, ancianos y tullidos se afanaban por las calles en busca de algún alimento con el que calentar el cuerpo. Sólo los niños parecían ajenos a todo, y al salir de la escuela se arrojaban unos a otros bolas de nieve en batallas sin cuartel.

Los habitantes de Selonsville tenían poco más que hacer. Además de procurarse sustento y carbón para la cocina, se hablaba de lo perdido en la Segunda Gran Guerra, de jóvenes que habían salido de la ciudad para luchar con la Resistencia y nunca había regresado. Algunos habían muerto en el campo de batalla. Otros habían sido deportados a campos de concentración y no se había vuelto a saber de ellos. Por último estaban los desaparecidos sin más: tras despegarse de los brazos de sus padres, esposas o hijos habían partido hacia un destino incierto y su rastro se había perdido en las brumas de la guerra.

Las familias contemplaban con ansiedad sus retratos, que ocupaban un lugar de honor en cada hogar, mientras soñaban con su milagroso retorno. Algunas mujeres encendían cada noche una vela al pie de las fotografías, como un faro para iluminar el regreso a casa entre los restos de la catástrofe.

Así era la vida en la pequeña ciudad y no se hablaba de otra cosa. Hasta que una curiosa noticia local empezó a dar otro tema de conversación. Pues, desde hacia un tiempo, alguien se dedicaba a mutilar la ropa de los ya sufridos ciudadanos.

Primero había sido un empleado de correos, que había llegado a casa con un notorio agujero en la parte trasera de su abrigo. Alguien había recortado una estrella de cuatro puntas del tamaño de una mano. ¿Cómo había sucedido sin que se hubiera dado cuenta? ¿Para qué querría alguien aquel caprichoso retal?

La segunda víctima había sido un contable retirado, que había descubierto en su mejor jersey un agujero que lo dejaba inservible. Faltaba una estrella de la misma forma y del mismo tamaño que la del empleado de correos.

Todo un misterio.

Y los ataques no se habían detenido aquí. Por alguna extraña razón una mano invisible tenía en el punto de mira a los habitantes de Selonsville, que temían por las pocas prendas de ropa que los protegían de frío. Cada día había un nuevo caso y la inquietud crecía al mismo tiempo que la irritación.

Corrían rumores sobre quién podía estar detrás de aquellas gamberradas. Algunos aseguraban incluso haberlo visto. Describían a un niño de unos 9 años con un raído abrigo gris que le llegaba a los pies —probablemente heredado de un familiar mayor— y unas tijeras en la mano.

Nadie sabía quién era, aunque medio Selonsville buscaba ya al «niño de las tijeras» para darle su merecido.

Pero aquellas estrellas de ropa tenían un sentido. Eran el firmamento que iluminaba la noche de alguien muy triste. Alguien que había cerrado los ojos a la vida y se resistía a abrirlos de nuevo.

Todo había empezado una semana antes, en la mañana más fría de aquel invierno sin final...



2

Michel

El orfanato municipal de Selonsville ocupaba dos pabellones unidos en forma de L de una antigua caserna militar. Bajo la estricta supervisión de Monsieur Lafitte medio centenar de niños salían cada mañana a un jardín desolado donde la helada ennegrecía los hierbajos.

Separado del mundo exterior por altas vallas, aquel lugar no era tan distinto de los campos de concentración en los que habían perecido los padres de muchos internos.

En sus sueños, todos los niños albergaban la esperanza de encontrar una familia de adopción, lejos de las monjas horañas que servían cada día el mismo rancho y vigilaban que en los dormitorios nadie rechistara a partir de las nueve.

Todos excepto Michel.

Nadie, ni siquiera Monsieur Lafitte, entendía cómo podía ser tan feliz. A diferencia de los demás niños, que andaban todo el día cabizbajo o buscando pelea sin motivo, Michel no parecía tener queja de su vida en el orfanato. Tal vez porque había sido abandonado poco después de nacer y no conocía a sus padres, para él todo el mundo se hallaba en el perímetro de aquel lugar frío y austero. Su familia era

los demás niños y las monjas del centro. Incluso el señor director era para él una especie de abuelo cascarrabias.

Aunque no era el más fuerte del orfanato, ejercía una extraña autoridad sobre sus compañeros. No sólo se libraba de los tortazos que se repartían a diario entre las diferentes bandas, sino que a menudo unos y otros recurrián a él para resolver entuertos. Así, antes de que un conflicto llegara a oídos de Monsieur Lafitte, las diferentes partes acudían a Michel para que ejerciera de juez de paz.

Con sentido común y unas cuantas bromas lograba casi siempre que los contendientes se dieran la mano y la cosa no fuera a mayores.

Muchos se preguntaban de dónde sacaba Michel aquella alegría de vivir que contagiaba a su alrededor. A fin de cuentas los niños del orfanato no tenían juguetes, ni familiares que los visitaran, ni siquiera ropa decente para pasear los domingos. Los días transcurrían monótonos, entre el grasiento comedor que apestaba a refrito y el pabellón habilitado como escuela, donde la monja maestra los torturaba, un día tras otro, con interminables dictados.

«En el futuro necesitaréis buena ortografía, aunque sólo sea para solicitar un puesto de basurero en el ayuntamiento», les advertía.

Ése era uno de los mejores destinos que aguardaban a los «liberados», como se denominaba a los internos al cumplir los 14 años. La mayoría entonces eran contratados como aprendices de cualquier oficio a cambio de un plato caliente y un techo, con una pequeña asignación mensual que apenas llegaba para una entrada de cine.

Tal vez era esa perspectiva, además del hacinamiento en habitaciones con una docena de literas, la que hacía que los niños y las niñas del orfanato fueran tan apáticos y malhumorados.

Michel no era así y sólo él sabía por qué. Él tenía algo de lo que carecían los demás. Un auténtico tesoro. Estaba enamorado de una niña del centro aunque ella ni siquiera lo sospechaba. Se llamaba Eri, un nombre que en japonés significaba «luz de luna». Al parecer, era hija de un marinero francés que había concebido en el país del sol naciente y, al morir la madre, no se había podido ocupar de ella.

Amigos inseparables, a Michel y a Eri se les veía juntos desde que habían empezado a caminar, lo que al principio les había valido muchas bromas pesadas. Con el paso de los años, sin embargo los internos se habían acostumbrado tanto a aquella pareja que sólo se sorprendían cuando aparecían por separado.

Lo normal era verlos charlando por el jardín pelado, leyendo juntos en la húmeda biblioteca, sentados en el comedor frente a frente...

Cada noche, antes de que sonara el timbre para acostarse, se citaban en el tejado de la antigua caserna para reconocer las estrellas y las constelaciones.

Luego se despedían con una sonrisa hasta la mañana siguiente.

Pero la noche más fría de aquel invierno iba a ser distinta a todas, pues al retirarse al dormitorio de las niñas Eri se durmió para ya no despertar.

3

Luz de luna

Todas su compañeras estaban ya vestidas y aseadas, pero Eri no despertaba. Para evitarle el castigo de Monsieur Lafitte una de ellas empezó a zarandearla. No obstante, la niña parecía hacer caído en un extraño y profundo sueño que no lograban traspasar las voces de sus amigas.

Asustadas, dieron el aviso a la monja enfermera, que tampoco logró devolverla a la vigilia. Ni siquiera una cucharada de agua del Carmen, un fuerte licor que resucitaría a un muerto, sacó de Eri de aquel insólito desmayo.

Michel vio con el corazón en un puño cómo se llevaban a su Luz de luna en camilla. Cuando la vieja ambulancia cerró el portón trasero, salió corriendo tras ella con lágrimas en los ojos.

No paró de correr hasta llegar, exhausto, al gris edificio que se erigía en las afueras de Selonsville. El hospital de la ciudad era un lugar lúgubre donde muchos combatientes habían llegado para exhalar el último suspiro ante sus familiares.

Además de sus compañeros de orfanato, aquella niña era la única familia que tenía en el mundo, así que Michel sintió que las piernas le temblaban mientras subía las escaleras. Iba a recibir un buen castigo por haber salido del centro fuera de horas, pero no era ése el motivo por el que el frío se había instalado en lo más profundo de su ser.

Cuando llegó a la segunda planta, una apática enfermera le señaló el final de pasillo. Frente a la última puerta dos médicos charlaban entre susurros con expresión grave.

Michel corrió hacia ellos temiendo lo peor. Uno de los médicos le bloqueó la entrada a la habitación cuando ya estaba a punto de colarse dentro.

—No se admiten visitas —dijo con voz grave.

—Necesito saber cómo está Eri —imploró Michel.

—viva.

El segundo médico se apartó para que su compañero pudiera hablar a solas con la única persona que se había interesado por la joven paciente. Michel se tranquilizó un poco al ver que su amiga reposaba en la cama con la cabeza hundida en la almohada.

Sin embargo, la expresión de la niña no era de plácido sueño. La vida misma parecía haber huido de aquel cuerpo frágil y delicado. Varios cables la conectaban a una máquina que palpitaba con un lento zumbido.

—¿Qué le pasa? —preguntó el niño muy preocupado—. ¿Cuándo se pondrá bien?

—No lo sabemos. De momento las pruebas no permiten...

—Cuando despierte, le pueden preguntar qué le hace daño para poder curarla —lo interrumpió Michel.

El médico apoyó la manaza en el hombro del chico antes de bajar la voz para comunicarle:

—Ése es el problema, que no sabemos si va a despertar. Tenemos pocas esperanzas —Michel sintió cómo algo dentro de él se desmoronaba mientras el hombre acababa de emitir su diagnóstico—. Tu amiga ha entrado en coma por causas desconocidas. La hemos examinado a fondo y no ha recibido ningún golpe que explique su estado. Mi compañero opina que puede deberse a una enfermedad del corazón que no le había sido detectada hasta ahora.

—¿Quiere decir, entonces, que Eri no despertará? —preguntó Michel con lágrimas en los ojos—. ¿Se va... a morir?

La expresión del médico se ensombreció mientras se encogía de hombros.

Odiaba reconocer que no tenía respuesta.

4

Herminia

Michel deambuló perdido por las calles nevadas sin importarle que el orfanato ya se hubiera dado la voz de alarma ante su ausencia.

Consumidas todas las lágrimas, buscaba desesperadamente a alguien que pudiera darle un consejo para ayudar a Eri.

Revolvió libros de medicina en la biblioteca municipal. Aunque sólo tenía una moneda de un franco, preguntó por remedios al boticario y también al curandero. Abordó incluso a un grupo de enfermeras que se dirigían a un centro de rehabilitación de heridos de guerra.

Nadie sabía decirle qué hacer.

Cuando oían la palabra «coma», los rostros de compasión parecían decirle que su amiga había emprendido un viaje sin retorno. Eri dormía para siempre hasta que su corazón enfermo dejara de latir.

Al borde del agotamiento, Michel se refugió de la suave nevada bajo un oscuro soportal. Se sentía tan triste y desesperado que casi pisó a una anciana humilde que tiritaba envuelta en su manta.

—Por el amor de Dios —le imploró la mujer con voz quebrada—, ¿me puedes conseguir un mendrugo de pan?

El niño bajo la mirada hacia ella. Adivinó bajo la manta húmeda y manchada un saco de huesos que no tardarían en hallar su último

reposo en la fosa de los pobres. Compungido, buscó en su bolsillo su única moneda y se la entregó a la mendiga.

Pareció que los ojos fueran a salirle de las cuencas al exclamar:

—¡Un franco!

Michel ya se marchaba cuando la anciana, tras guardarse la moneda, lo retuvo con sus manos huesudas y temblorosas mientras le decía:

—Con eso tengo para comer una semana. ¿Puedo ayudarte en algo? Pareces triste.

—Y lo estoy. Éste es el día más triste del mundo. Usted no puede ayudarme, buena señora.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Ni siquiera sabes quién soy. Empezaré por mi nombre: me llamo Herminia. Ven a sentarte a mi lado, alma de Dios.

Para no ofender a la anciana, Michel se acurrucó junto a ella y dejó que compartiera su vieja manta con él. Tras presentarse, le explicó con todo lujo de detalles lo que había sucedido aquella mañana desde que su amiga no había logrado despertar.

Herminia escuchaba asintiendo suavemente, y esperó hasta el final del relato para dejar que su dulce voz resonara bajo el soporal.

—El matasanos ese tiene razón sólo en parte. Tu amiga Eri tiene el corazón enfermo, pero no es una enfermedad que se pueda curar en un hospital.

—Ya me han dicho que no hay mucha esperanza —confirmó Michel con triste resignación.

—¿Quién es el bobo que ha dicho eso? ¡Mientras esperas algo de la vida siempre hay esperanza! Sólo he dicho que su corazón no necesita las curas de un hospital, sino otra cosa. Nueve cosas para ser más precisos.

Michel miró asombrado a la mendiga, que de repente hablaba con vigorosa autoridad:

—Eri tiene el corazón enfermo por falta de amor que ha sufrido desde que fue abandonada en el orfanato.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarla?

La anciana respiró profunda y ruidosamente, como si rescatara una lección sepultada por las nieves del tiempo.

—Para curar a tu amiga existe un remedio que me reveló un curandero que hacía milagros en el pueblo donde crecí, en un lugar de Sudamérica muy lejos de aquí. No es fácil...

—Exacto, porque para curar la falta de amor hay que tejer un corazón lleno de estrellas.

El niño miró a la anciana sin entender nada. Ésta sonrió antes de explicar:

—Es un remedio que no falla. Debes encontrar en Selonsville nueve personas que seas un ejemplo de nueva clases diferentes de amor. Para ello tienes diez días. Pero ahora viene lo más difícil: recortarás una estrella de la ropa de cada una de ellas sin que se den cuenta. Cuando tengas nueve, me los traes y yo tejeré con ellos un corazón lleno de estrellas para que se lo lleves a Eri.

—¿Y con eso se curará?

—Bueno... —le dirigió una mirada enigmática antes de seguir—. Lo cierto es que cuando tengas ese corazón aún faltará algo... Una estrella secreta, la número diez, que es la que permite que las otras nueve tengan el poder.

—¿Y dónde encontraré esa estrella?

—Cuando hayas aprendido las claves del corazón, tendrás que descubrir por ti mismo cuál es el secreto último del amor que todo lo cura.



5

Los recién casados

Tras cumplir un día de castigo, una tarde de martes Michel salió del orfanato con unas tijeras en el bolsillo.

El invierno se resistía a partir, pero el pequeño casi había dejado de sentir el frío. Ahora tenía una misión. Por extravagante que pareciera el remedio del curandero, estaba dispuesto a cumplirlo y entregar a Herminia las nueve estrellas para que el corazón de su amiga volviera a despertar.

Le quedaban nueve días para encontrar las nueve clases de amor. Entonces le faltaría aún una estrella, el secreto último del corazón, pero ya se ocuparía de ello en su momento. Antes le esperaba una ardua y peligrosa tarea.

Dedicó las cuatro horas que podía salir del orfanato a recorrer las calles en busca del primer amor que se le había ocurrido; el de las películas románticas.

En un par de ocasiones había visto en el cine del orfanato ese tipo de películas, que hacían enrojecer a las niñas y provocaban los silbidos de los chicos, que no entendían aquellas demostraciones de pasión.

Pero aquel marzo de posguerra no abundaban las parejitas en Solonsville. Todo el mundo parecía demasiado ocupado buscando

trabajo, cuidando de sus familiares heridos o simplemente huyendo del frío.

No fue hasta pasar por delante del Gran Café que vio una escena parecida a la de las películas. Por lo bien vestidos que iban y por el maquillaje de la novia, le pareció que se trataba de una pareja de recién casados. Debían de pasar su luna de miel en aquella ciudad alpina, pensó Michel mientras observaba a través del cristal cómo el camarero les servía. Puso sobre la mesa una taza de chocolate para ella y una copa de coñac para el hombre, que pagó con expresión soberbia.

La pareja charlaba con las manos unidas, pero esas mismas manos mostraban la tensión de una conversación que el niño no podía oír.

Desde su observatorio a bajo cero, Michel se preguntaba cómo se las compondría para recortar una estrella de la ropa de la novia, porque aquel hombre le daba miedo. Antes de que pudiera trazar un plan, el novio se bebió el coñac de un trago y se puso de pie con expresión furiosa.

Puesto que no podía oír lo que decían, el espía asistió al resto de la escena como si se tratara de una película muda. La novia se incorporó sin tocar la taza de chocolate y juntó las manos pidiendo perdón por algo que había dicho. Pero su compañero estaba fuera de sí y la apartó de un codazo mientras se abría paso entre la clientela del café.

Definitivamente, pensó Michel, se había equivocado: aquellos dos no eran ningún ejemplo de amor romántico.

Cuando la pareja salió atropelladamente del local, de repente el niño sintió hambre y frío. Se dijo que era una pena que aquella taza de chocolate se perdiera.

Dispuesto a calentarse el estómago —y el ánimo— entró sin dudar en el Gran Café y se sentó a la mesa como un cliente más. Había tanta gente que confío en que no repararían en él, pero un gordo cocinero le guiñó un ojo en señal de aprobación.

Conocía al chef de aquel local porque en Navidad acostumbraba a cocinar para el orfanato. Era alegre y muy buen hombre, aunque gritaba enfurecido cuando los ayudantes de cocina no seguían al pie de la letra sus instrucciones.

Michel se calentó las manos asiendo la taza de chocolate mientras observaba la clientela con curiosidad. Entonces los vio.

Aquello sí era una extraña pareja...

6

El amor más perfecto

Era la pareja más desigual que había visto en sus nueve años de vida. Aunque ambos debían rondar los 30 años, le bastó una mirada de soslayo para comprobar lo que los diferenciaba.

La mujer era terriblemente fea. Tal vez por alguna enfermedad congénita o producto de algún accidente que le había desfigurado la cara, su rostro era casi grotesco. Tenía un párpado más caído que el otro, y una nariz grande y ganchuda bajo la que sonreían unos labios finos como el papel. Su barbilla era en extremo prominente, como las de las brujas de las películas. El cuadro se completaba con una piel opaca y granítica.

Michel estaba acostumbrado a ver toda clase de tullidos en aquella ciudad de provincias, y no le costaba encontrar algo agradable en cada persona con la que se cruzaba, pero reconoció que aquel caso era excepcional. No había ningún rasgo que pudiera salvarse en aquella mujer tan poco agraciada.

En contraste con ella, el hombre que le hacía mimos y le susurraba galanterías al oído era notablemente apuesto. Aunque desde su posición lo veía de espaldas, su atlética espalda y el pelo ondulado y brillante le daban un aporte casi principesco.

Michel se dio cuenta de que muchos hombres y mujeres del local miraban con asombro aquella pareja de tortolitos, que no dejaban de reír y acariciarse.

Ajenos a la expectación que habían creado, la pareja seguía disfrutando de su intimidad mientras el camarero les servía dos copas de vino. Tras hacer un brindis aquel dandy la besó sin importarle la dentadura amarillenta y torcida de ella. Luego le acarició la mejilla deslustrada.

Por primera vez desde la mañana anterior Michel experimentó algo parecido a la felicidad. Se preguntaba quién sería aquella mujer monstruosa —según los cánones de belleza al uso— que recibía tantas atenciones del guapo caballero.

Su cabeza infantil imaginó que debía de ser una gran pianista que tenía enamorado a un melómano, o bien a una candidata al Nobel de Física que despertaba la admiración en el mundo científico.

Entretenido con estas cábalas, Michel vio cómo la pareja, tras pagar la cuenta, se disponía marchar. Ella se levantó para ponerse el abrigo, ayudada caballerosamente por su compañero. Luego tomó el bolso y un bastón que entregó con delicadeza al dandy.

Era un bastón blanco.

El apuesto varón cruzó entonces el café rozando los objetos que encontraba en su camino hacia la salida. Era ciego, como el amor verdadero.

Su compañera le abrió la puerta con gentileza y, antes de salir al frío de la calle, le dio un tierno beso.

Michel supo que acababa de encontrar lo que buscaba, porque no podía imaginar amor más perfecto.

Palpó las tijeras en su bolsillo y se decidió a seguirlos. Aprovecharía el primer descuido de ella para cortar una estrella del elegante abrigo de su compañero. No resultaría difícil.

Antes de salir tras ellos, sin embargo, lo detuvo el grueso cocinero, que volvía de la calle cargado con un saco de patatas.

—Ella ha encontrado a su príncipe azul —dijo al ver que el niño no perdía de vista a la pareja— en este empleado de correos ciego y él a su princesa de cuento de hadas.

—Eso es porque no puede verla —repuso Michel.

El cocinero soltó una breve carcajada antes de decir:

—Se nota que estás pez en esto del amor. Recuerda lo que dijo el pobre Saint-Exupéry, el escritor que se estrelló en su avioneta hace dos años: lo esencial es invisible a los ojos. Todos somos príncipes y princesas hasta que nuestra pareja nos convierte en ranas. Tenlo en cuenta cuando escojas a tu chica: de ti depende que se sienta como una princesa o como una rana.

Michel pensó en Eri y en cómo le hubiera gustado que fuera su princesa. Estaba dispuesto incluso a saltar como una rana de vez en cuando para hacerla reír si era necesario.

—El príncipe o la princesa azul vive dentro de nosotros — concluyó el cocinero antes de liberar al chico—. Ése es el secreto de la atracción: si no te amas porque creer que eres una rana, ninguna princesa te amará. Dicho de otro modo: si no estás enamorado de la vida, la vida no se enamorará de ti.

Tras agradecer estas palabras Michel salió corriendo hacia la pareja sin que el cocinero entendiera por qué.

I. *El secreto del amor romántico*

Si no te enamoras de la vida, la vida no
enamorará de ti



7

Para que nada cambie

Tras la pausa para comer, Michel caviló sobre su misión mientras el cielo se cubría de amenazadoras nubes. Un viento helado barría las calles de Selonsville, cubiertas de un manto de aguanieve que ponía en peligro a los pocos paseantes que se aventuraban a salir.

Faltaban un par de horas para que dieran las tres, cuando los internos del orfanato —a excepción de los castigados— tenían cuatro horas libres hasta la hora de cenar.

Y no sabía qué otras clases de amor podía buscar.

Michel apartó la mirada de la pizarra donde la monja escribía las conjugaciones de los verbos acabados en *-ir* para mirar por la ventana. Frente a los barracones del internado había una casa pequeña y robusta flanqueada por un cuidado jardín. Siempre le había llamado la atención.

Era el domicilio de Antonie Lagrange, un contable retirado que había enviudado veinte años antes. Desde entonces estaba solo pero su actividad no cesaba. Cuando no estaba podando los árboles del jardín, se lo veía reparando una gotera en el tejado o bien repintando la puerta de entrada.

Había oído decir que Lagrange fue un hombre profundamente enamorado de su esposa. Por eso mismo, pese a su buena situación económica no se había vuelto a casar.

Quizás él podía hablarle de otras clases de amor, pensó Michel mientras palpaba con sentimiento de culpa el retal del ciego en su bolsillo.

Antes de ir por su segunda estrella se prometió que, cuando la misión hubiera acabado, buscaría a cada una de sus víctimas para pedirles disculpas y ofrecerles un regalo.

Reconfortado por esta idea, pulso el timbre del viudo minutos después de que terminara la última clase.

El viejo contable le abrió la puerta impecablemente vestido. Nunca recibía visitas, pero la corbata de seda anudada a la perfección, la raya de los pantalones y los zapatos embetunados le daban un aire de hombre de mundo, alguien acostumbrado a tratar con el público.

—Buenas tardes, Monsieur...

—Puedes llamarme Antonie —le cortó el anfitrión—. Pasa, acabo de servir el café.

Más que sorprendido con el trato que le dispensaba el contable, que sólo lo conocía de vista, Michel admiró el esmero con el que estaba cuidando cada detalle de su hogar. Si el jardín y el exterior de la casa estaban impecables, el interior no le iba a la zaga.

Los cristales de las fotografías —muchas de ellas de su esposa— se veían relucientes, sin una sola mota de polvo. El suelo estaba pulido y encerado. La mesa del comedor se había vestido de fiesta con un elegante mantel de lino y un candelabro encendido entre las dos tazas de fina porcelana. Cuando Antonie llenó las tacitas, el chico no pudo evitar preguntar:

—¿Esperaba usted a... alguien?

—Te esperaba a ti. ¡Celebro que hayas venido!

Dicho esto rio suavemente e indicó al invitado que ocupara su lugar en la mesa.

El contable avivó el fuego de la chimenea antes de sentarse al otro lado. Durante unos segundos sólo los acompañó en agradable crepitante de los leños. Michel suspiró mientras exploraba con la mirada

aquel cálido salón. Al otro lado de la chimenea, un jarrón con flores frescas adornaba un piano de pared.

La tapa que protegía las teclas estaba levantada, como si hubiera estado tocando recientemente.

—¿Practica usted el piano? —le preguntó Michel por decir algo.

—Lo toco sólo para limpiar las teclas. Soy negado para la música, aunque me gusta mucho escucharla. Mi esposa, en cambio, se sabía con los ojos cerrados todos los nocturnos de Chopin.

Michel dedujo que aquel esmero obedecía al deseo de Antoine de que todo siguiera igual que cuando su esposa vivía. Entendió también que la taza de la que estaba bebiendo café estaba allí para ella.

A su manera, Monsieur Lagrange había decidido seguir viviendo dos vidas: la suya y la de la esposa muerta.

La voz calmada del anfitrión sacó al chico de sus pensamientos.

—¿Y a qué debo el placer de tu visita?

—Va a parecerle algo extraño —improvisó Michel—, pero me han encargado buscar las nueve clases de amor y... he pensado que tal vez usted pueda ayudarme.

Antoine removió el contenido de su taza con la cucharita mientras pensaba en voz alta:

—Nueve clases... ¿Cuántas tienes ya?

—El amor romántico —contestó algo avergonzado.

El anfitrión asintió en silencio y entornó los ojos, como si tratara de recuperar algún recuerdo olvidado. Finalmente dijo:

—Lo romántico es el principio. Todos nos enamoramos alguna vez. Algunos más veces incluso. Ahora, pasar a la segunda fase requiere cierto grado de maestría —añadió guiñándole el ojo.

—¿Cuál es la segunda fase?

—El amor de larga duración. Es más valioso aún que el romántico, porque ha pasado la prueba del tiempo. Yo soy un ejemplo de ello. Hace veintiún años y tres meses que Camille no está con

nosotros, pero sigo haciendo las cosas como ella le gustaba que fueran.

Michel sonrió para sus adentros: al decir eso, Antoine acaba de perder un pedazo de su ropa.

—Me gusta mantener vivas las cosas que le daban vida —siguió hablando el anfitrión sin ninguna tristeza—. A fin de cuentas, somos las cosas que amamos. Morimos el día que nadie piensa en nosotros.

El joven visitante recordó con una mezcla de felicidad y dolor la imagen de Eri en la cama. No había dejado de pensar en ella una sola hora desde que había quedado atrapada en aquel sueño eterno.

Antoine apuró la taza de café antes de levantarse a echar medio leño al fuego. Luego declaró:

—El amor verdadero es esto.

—¿Qué quiere decir?

—El amor es echar siempre un tronco al fuego. Solo así se mantiene encendida la llama. Suena obvio, pero demasiada gente lo olvida. Por eso se llevan tan mal tantas parejas. Si quieres amar de verdad, recuerda esto, chico: aunque estés cansado, tendrás que ir a buscar un leño para alimentar el fuego. Si no lo haces, por la mañana sólo encontrarás las cenizas de lo que había sido tu amor.

Michel asintió en silencio.

—Por cierto —añadió el contable—, si vienes el viernes, te cortaré una rosa que está creciendo en el jardín. He sabido lo de esta niña...

—Eri —suspiró el pequeño.

—Le llevarás la primera rosa del año. ¿Quién ha dicho que los que duermen no pueden oler las rosas?

II. *El secreto del amor de larga duración*

El amor es una conquista constante.



8

El pequeño maestro

El jueves por la tarde Michel salió a la caza de su tercera estrella.

Evitó pasar frente a la casa de Antoine, ya que le había engañado de mala manera para obtener el trozo de tela. Le había pedido ver fotografías de su esposa y, mientras el contable subía a buscar el álbum, había aprovechado para recortar los bajos de una jersey que estaba doblado sobre una silla.

Aquello había sido feo.

Se sentí mal por haber hecho eso, más aún cuando había prometido darle la primera rosa de aquel año para Er. ¿Con qué cara se presentaría al día siguiente a buscarla?

Mientras se internaba por las calles de Selonsville decidió aparcar hasta el viernes aquel mal trago. Esa tarde debía encontrar otra clase de amor más allá del enamoramiento o de la pareja de larga duración.

Hundió las horas agujereadas en la pastosa aguanieve de las aceras durante una hora larga... hasta que algo lo conmovió.

En una calle alejada del centro, una mujer de mediana edad empujaba con energía una silla de ruedas con un niño retorcido sobre sí mismo.

Michel entendió que se trataba de un chico de su edad con parálisis cerebral. Había otro niño así que pasaba a menudo frete al orfanato.iba siempre acompañado de su padre, que tenía cara de amargura y decepción. Pero la mujer que empujaba la silla de ruedas

tenía una expresión totalmente diferente. Se detuvo ante Michel con una amplia sonrisa y habló a su hijo:

—¿No le dices buenas tardes a este chico?

Su difícil posición en la silla de ruedas no varió ni un palmo. Aun así la madre insistió.

—Dile hoja, soy Paul y estoy muy contento de conocerte.

—Lo mismo digo, Paul —respondió Michel siguiendo el juego a la madre—. ¡Encantado!

—Y yo soy Pauline, su madre —se presentó la mujer tendiéndole la mano.

El buscador de estrellas supo que acababa de dar con una nueva categoría, el amor incondicional a los hijos, aunque no sería fácil hacerse con un retal de ropa. La mujer llevaba un grueso abrigo de ante que sus tijeras jamás lograrían cortar.

—¿Cómo es que le ha puesto su mismo nombre? —preguntó Michel para ganar tiempo—. Paul y Pauline...

—Sí, ya lo sé... —volvió a sonreír—. Suena un poco raro. Al ponerle mi nombre quería demostrarme a mí misma y a los demás que somos iguales. Sabía que eso me ayudaría a tratarlo con naturalidad en lugar de compasión.

Por un instante, el chico de la silla de ruedas pareció esbozar algo parecido a una sonrisa. Michel recordó entonces un proverbio oriental que había leído en un libro de religión. Decidió soltarlo sin más:

—El bosque sería muy aburrido si sólo cantaran los pájaros que mejor lo hacen.

—Así es. Pero yo iría más lejos aún: ningún pájaro canta mal. Cada uno es una nota diferente en la gran sinfonía de la creación. El fuerte necesita al débil para que se valore su fuerza, y para entender la luz hay que haber vivido la oscuridad. Todos somos necesarios, ¿verdad, Paul?

El chico levantó dos dedos con gran esfuerzo a modo de respuesta.

Michel sintió una repentina simpatía ante quien lo observaba con expresión alucinada. Se dio cuenta de que así algo con fuerza en la otra mano.

Luego miró a la mujer y le preguntó:

—¿Cuál es para usted el secreto del amor a los hijos? ¿Por qué hay padres que abandonan a los suyos?

Michel esperó expectante la respuesta.

—Porque el amor a veces da miedo —dijo Pauline—. Lo que una madre puede sentir por su hijo es tan poderoso que la vuelve capaz de levantar un coche con sus propias manos si se encuentra en peligro. No es fácil aceptar ese poder. Un día lo sabrás: los hijos son maestros espirituales que te permiten crecer más allá de ti mismo. ¿Verdad, Paul? Aquí donde lo ves, me ha enseñado que la felicidad es tan sencilla como el rayo de sol que nos ilumina ahora mismo.

Efectivamente, el cielo se había despejado y una fina cortina de luz los bañaba a los tres en aquel momento.

—Me ha encantado conocerte, maestro —dijo Michel tomando la otra mano de Paul.

Y entonces ocurrió algo maravilloso: su mano se abrió liberando un trozo de tela floreada. No tenía forma de estrella, pero eso podía arreglarse con unos cuantos tijerazos.

—Me ha arrancado un trozo de falda esta mañana —rio Pauline—. Quería que prestara atención a una bandada de pájaros que pasaban frente a nuestra ventana.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Michel—. Me gustaría conservar un recuerdo del maestro.

III. *El secreto del amor a los hijos*

Los hijos son maestros espirituales que te permiten crecer más allá de ti.



9

El perfume de una rosa

Antoine Lagrange ni siquiera mencionó el destrozo de su jersey cuando el niño se presentó, temblando como un flan, a recoger la rosa. Era viernes por la tarde y las calles de Selonsville rugían de niños eufóricos por el fin del colegio.

Sólo los internos del orfanato tenían restringida las salidas a las cuatro horas de la tarde.

Muchos de ellos ni siquiera las aprovechaban y pasaban el tiempo maldiciendo su suerte en los oscuros barracones.

No era el caso de Michel, que además de su misión diaria una nueva estrella del amor— llevaría la primera rosa de marzo a su querida amiga. Sólo por eso se había atrevido a llamar de nuevo al timbre.

Tras saludarlo en con misma cortesía que dos días antes, pidió al pequeño que lo acompañara hasta un rosal que crecía en la parte trasera de la casa. El cazador de estrellas contempló fascinado cómo una única rosa, pequeña y roja como la sangre, crecía valientemente en la rama llena de espinas.

—¿Quieres cortarla tú mismo? —le preguntó Antoine—. Es un milagro que haya crecido con el frío que hace.

Michel estuvo a punto de decir que sí, pero el dueño de la casa no le había ofrecido tijeras. ¿Esperaba que sacara las suyas como prueba del delito?

Se quedó inmóvil hasta que el contable añadió:

—Ah, claro, voy a traerte unas tenazas de jardín.

Con la rosa ya en la mano, Michel dio las gracias media docena de veces a Monsieur Lagrange antes de retomar el camino al hospital.

El frío volvía a arreciar y las ventanas se iluminaban con las luces de las familias que se reunían en torno a la mesa para celebrar el inicio del fin de semana.

Mientras caminaba envuelto en su abrigo gris demasiado grande para él, el niño de las tijeras se dijo que ya no anhelaba tener una familia normal. Ese deseo lo había acompañado con dolor los primeros años de vida aunque en el orfanato fuera amable y atento con sus compañeros.

Luego había conocido a Eri, y su rayo de luna había disipado para siempre la oscuridad de su alma. Si ella moría, sería tragado definitivamente por las tinieblas.

Eri no podía morir.

Debía despertar para vivir con él un amor de larga duración. Un amor para siempre.

Mientras se repetía a sí mismo ese deseo, se aferraba a aquella rosa que había logrado brotar pese al invierno sin fin de Selonsville. Sin embargo, al llegar al feo edificio del hospital sintió que las piernas le temblaban de nuevo. Mientras subía los escalones hacia la segunda planta, temió que su amiga ya no estuviera allí.

Tal vez su corazón enfermo de desamor se había detenido, pensó, y Eri había pasado a formar parte del mundo subterráneo que alimentaba a las rosas.

Con estos pensamientos angustiosos llegó al final de pasillo.

Para su alivio, Eri continuaba en la cama.

Sin embargo, la niña dormida estaba muy desmejorada desde la última vez que la había visto. Estaba mucho más delgada y su rostro tenía una palidez cercana a la muerte.

Un tubo alimentaba su cuerpo con gotas de suero hasta que su pequeño corazón dejara de latir.

Michel hubiera abrazado a su amiga de no estar custodiada por la monja enfermera, que hacía punto al lado de la cama con expresión lúgubre. Parecía esperar a que la niña espirara de una vez para poder volver a su rutina en el orfanato.

Al verlo entrar, le lanzó una mirada severa mientras decía:

—¿Qué haces aquí?

—Traigo una rosa para Eri.

Los ojos de la monja se ablandaron al ver la rosa diminuta que temblaba en sus manos. Luego le señaló un vaso con agua al lado de la cabecera de la cama y le ordenó:

—Déjala aquí, a ver si el perfume de la rosa da un poco de color a la bella durmiente.

Luego volvió a sus labores de punto con expresión reconcentrada.

A aquella mujer la había abandonado la esperanza.



10

La historia del soldado

Michel salió del hospital tan mustio que, sin darse cuenta, en lugar de caminar hacia el centro sus piernas se dirigieron hacia el cementerio municipal. Aquel camposanto lleno de caídos en combate no parecía el mejor lugar para encontrar a amantes, pero aun así empujó la verja y entró en el recinto.

El viento había dejado de fustigar la ciudad, pero un cielo plomizo y crepuscular amenazaba con descargar una tormenta de un momento a otro.

Antes de que pudiera preguntarse qué demonios hacía ahí, Michel reparó en un joven vestido de soldado que se inclinaba sobre una losa. Besó dos veces el mármol y luego permaneció de rodillas ante la tumba.

El cazador de estrellas quiso saber si aquel amor reverencial iba dirigido a una amada, como le sucedería a él si no lograba despertar a Eri. Gobernado por la curiosidad de niño, atravesó el camposanto hasta situarse a escasos metros de la tumba.

Vio que pertenecía a un hombre de edad aproximada de aquel soldado. Vincent había dejado el mundo a los 22 años. Había caído en 1940 en los primeros compases de la guerra.

El soldado que había besado la tumba dos veces giró lentamente hacia Michel y lo miró con sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz de mando.

—Vengo a hacerte compañía. Me da pena verlo solo entre los muertos.

Este comentario hizo reír al soldado, que se sentó junto a la tumba del tal Vincent y le explicó:

—He venido a rendir visita a alguien que es mi amigo y padre de mis hijos.

—¿Cómo? —preguntó Michel asombrado—. Eso sí que no lo entiendo. Si son sus hijos...

—Sí, mis hijos tienen un padre biológico, que soy yo. Pero también tienen un padre espiritual, el que reposa bajo esta losa. Por tanto, tienen una madre y dos padres. ¿Te gustaría oír esta historia?

—Desde luego. Que alguien tenga dos padres a la vez puede explicar por qué yo no tengo familia.

El soldado se tomó el comentario a broma y dejó escapar una risita mientras atraía al niño a su lado. Luego se colgó una pica de los labios y, tras encender el tabaco en la cazoleta, empezó su relato:

—Vincent y yo éramos los mejores amigos de un regimiento que defendía este lado de los Alpes. Éramos íntimos, aunque nuestras vidas no podían ser más diferentes. Cuando me llamaron a filas, yo estaba casado y mi mujer esperaba gemelos. Él, en cambio, era un viva la Virgen que no tenía novia fija ni atadura de ninguna clase. Su sueño era hacerse marino y viajar por el mundo cuando terminara este asco de guerra. Pero entonces...

El soldado detuvo su narración para dar profundas caladas a la pipa, como si lo que estaba a punto de contar fuera demasiado amargo para soltarlo sin más. Un fino velo de lágrimas enteló sus ojos al llegar a esta parte de la historia.

—Una noche el sargento nos hizo avanzar hacia una posición sobre una loma que acababa de abandonar el enemigo. En lo alto había una cabaña donde habían vivido los soldados. Al acercarnos

silenciosamente oímos con claridad un gemido que surgía del su interior.

—Un herido —apuntó Michel.

—Exacto. Sus jefes lo habían abandonado allí durante la retirada. Y no teníamos duda de que iba armado. El sargento le gritó que se rindiera y le prometió que sería hecho prisionero sin más, que no habría interrogatorios ni represalias de ninguna clase. Pero no obtuvimos respuesta. Incluso dejó de gemir, como si tratara de adivinar nuestros movimientos alrededor de la cabaña, que no tenía ni siquiera una ventana. Sólo aquella puerta. Y estaba entreabierta.

A medida que se acercaba al desenlace, el pequeño seguía aquella aventura con los ojos muy abiertos, como si intentara ver en el oscuro interior de la cabaña.

El soldado dio una última bocanada a su pipa antes de seguir.

—Tras media hora de espera el sargento tomó una decisión fatal. Era un tipo bastante cobarde, así que me eligió a mí para que abriera la puerta y encañonara al herido. Incluso me dio permiso para disparar a ciegas, cosa que nunca hubiera hecho... porque Vincent se ofreció para ir en mi lugar. Es más, prometió dispararme por la espalda su me acercaba a la puerta.

—¿Y eso por qué?

Una lágrima tembló en el ojo del soldado antes de responder:

—Dijo que yo tenía esposa y dos hijos en camino, mientras que a él no lo esperaba nadie. Por eso prefería arriesgarse en mi lugar por si las cosas se torcían... Y así fue. Antes de que abriera la puerta fue abatido de un tiro.

Entre ambos surgió un incómodo silencio, sólo quebrado por las primeras gotas de lluvia.

—Puesto que Vincent se sacrificó por mí —dijo recuperando el ánimo—, mis hijos tienen dos padres, porque yo les di la vida a ellos y Vincent me la dio a mí. ¿Entiendes?

Michel bajó la cabeza conmovido. El soldado concluyó:

—Por tanto, nunca te atrevas a decir que no tienes familia, porque eso es mentira. Hay vínculos más poderosos que los de la sangre.

—De acuerdo, nunca más lo diré. Pero, ya que la guerra ha terminado, ahora que has honrado a tu amigo, ¿puedo llevarme un trocito de tu uniforme?

IV. El secreto del amor a los amigos

Los amigos son la familia espiritual
que escogemos para el viaje de la vida.



11

La dama y los vagabundos

El sábado Michel tenía permiso para dormir hasta pasadas las nueve, pero a las ocho de la mañana ya se puso en pie y bajó a la cocina. A aquella hora las monjas que se ocupaban del orfanato desayunaban y compartían las anécdotas del día anterior.

Quizá por eso notó un par de miradas de reprobación cuando se sirvió dos rebanadas de pan con un poco de mermelada y medio vaso de leche. Se sentó con su plato en un extremo de la mesa, a dos sillas de distancia de las religiosas.

No obstante, al advertir la mirada de la monja enfermera no pudo evitar preguntarle por su amiga.

—Todo igual —repuso la monja—. Bueno casi igual.

La voz de Michel tembló al preguntar:

—¿Qué ha cambiado?

—Tiene el pulso muy irregular. Te prohíbo que vuelvas a acercarte al hospital hasta que yo te lo diga, ¿entendido? No te hará ningún bien verla... Ni a ella tampoco.

Las mejillas de Michel se encendieron de furia y desesperación. La enfermera zanjó el tema diciendo:

—Puedes darme otra rosa siquieres, la pondré en el vaso junto a la otra.

Como toda respuesta, el pequeño hundió la mirada en el vaso vacío. Decidió que aquel día cosecharía dos estrellas en lugar de una. Y tres al día siguiente. Luego rezó en silencio para que Eri resistiera hasta el lunes, porque pese a lo que dijera la monja pensaba llegar con un corazón lleno de estrellas.

El resto de la mañana Michel se ofreció voluntario para trabajar en el jardín. Quería estar ocupado con algo hasta que se abriera la puerta, cosa que no sucedería hasta las tres, como de costumbre. Los niños del orfanato sólo podían abandonar el centro por la mañana cuando eran invitados oficialmente a algún acto. Por ejemplo, cuando el teatro municipal ofrecía una función infantil y reservaban un par de filas para los pobres.

Deseaba que el tiempo corriera más deprisa pero que el de Eri se detuviera. Nada nuevo debía suceder hasta que él pudiera llegar con el remedio del curandero, aunque empezaba a dudar de que sirviera para algo.

Torturado por estos pensamientos, arrancaba hierbajos al lado de la valla cuando vio pasar a una mujer de la cual tiraba seis perros. Los animales de diversas razas y tamaños parecían ganar la batalla a su sufrida paseadora.

Al percatarse de que Michel contemplaba la escena, se detuvo y le hablo con voz aflautada.

—¿Me echas una mano? Desde que han oido el primer rayo de sol estos chicos tienen demasiado brío.

—Estaría encantado de ayudarte —repuso Michel—, pero no me dejan salir de aquí. Todavía no es la hora.

—Bueno, entonces ayúdame a atarlos. Necesito un descanso.

Con la mano libre le tendió a través de los barrotes del orfanato el extremo de una cuerda. Michel laató al hierro con la pericia de marinero —siempre había sido bueno haciendo nudos— y luego hizo lo mismo con el resto de las cuerdas hasta que la familia canina quedó a buen recaudo.

Aliviada, la dama se apoyó en los barrotes entre un coro de ladridos de desaprobación. Los *chicos* querían proseguir su paseo.

—¿Por qué lleva seis perros?

—Estaban abandonados, los pobrecitos. Los fueron trayendo a mi casa, donde entreno a perros para ciegos. Éstos son nuevos y están muy verdes todavía.

—Entonces, lo hace usted por amor a los ciegos.

—Bueno, también podría decirse que lo hago por amor a los perros. Necesitan pertenecer a alguien, como las personas.

Aquello era interesante, pensó Michel, convencido de que se hallaba ante la quinta clase de amor.

—¿Y usted qué saca de eso? —preguntó a la instructora.

—Yo les enseño a conducir un ciego, y ellos me enseñan a mí a conducirme por la vida. Los perros me han adiestrado en el arte de vivir el presente. Me han enseñado a estar alegre sin motivo y a no perder las ganas de jugar. ¿Qué más puedo pedir?

La mujer acarició unas cuantas cabezas antes de seguir:

—Antes yo era una persona huraña que no mostraba nunca mis sentimientos. Gracias a los perros de la calle sé dar afecto incondicionalmente y no me separo de las personas que quiero. También sé defender lo que amo cuando es necesario. Y no hablo sólo de perros. Cuando amas a los animales, sin darte cuenta te vuelves más civilizado.

El discurso se interrumpió cuando tres perros empezaron a aullar porque sus cuerdas se habían enredado y no podían moverse. La instructora se agachó para deshacer el nido. Michel aprovechó para dar tijeretazo al trozo de blusa que colgaba fuera de la cazadora de la dama.

V. *El secreto del amor a los animales*

Los animales nos enseñan a ser humanos.



12

La dama y los vagabundos

Cuando Monsieur Lafitte acudió en persona a abrir la verja del orfanato, Michel ya sabía dónde buscar la sexta estrella.

Había encontrado dos ejemplos de amor (romántico y a largo plazo), también el secreto del amor a los hijos y la entrega a los amigos. Estas cuatro estrellas de tela acompañaban en su bolsillo, la del amor a los animales que la instructora de perros había argumentado con tanta sabiduría.

Hasta entonces los retales para tejer el corazón sólo habían estado relacionados con personas y animales. Pero ¿y los árboles que nos dan oxígeno? Por no hablar del agua que nos refresca o del mismo suelo que nos sustenta. Todo esto hizo pensar a Michel que era necesario subir una categoría más en la escalera del amor.

Tenía que buscar un ejemplo de amor a la naturaleza, y el lugar adecuado era el bosque que empezaba en los lindes de la ciudad, que los sábados era frecuentado por caminantes y excursionistas.

Necesitó una hora para dejar atrás las últimas casas de Selonsville. Dio gracias a que el día fuera relativamente templado cuando se internó en un bosque de abetos jóvenes.

Mientras tímidos rayos de sol se colaban entre el ramaje, Michel procuró no alejarse de los senderos más cercanos a la ciudad, ya que a fin de cuentas necesitaba un ejemplo humano de amor a la naturaleza.

Desestimó una pareja de leñadores que se llevaban el cadáver de un nogal, así como a dos amantes que había descubierto por

casualidad sobre una cama de helechos, ya que los unía un amor diferente al que estaba buscando.

La luz del día empezaba a declinar cuando divisó a lo lejos la figura de un hombre mayor —estimó que tenía unos 70 años—, que paseaba parsimonioso bosque adentro. El buscador de estrellas decidió seguirlo para estudiar sus movimientos.

Pese a la edad el paseante se mantenía en buena forma y el chico tuvo que dar varias zancadas para darle alcance. Cuando llegó hasta él, los ojos del viejo lo miraron con curiosidad a través de unas gafas redondas. Un pajarillo se posó un instante sobre su hombro de paja, lo que acabó de convencerlo de que había dado con el hombre adecuado.

—¿Te has perdido? —preguntó a su perseguidor con un fuerte acento alemán.

Al ver de cerca aquella cara angulosa y las gafitas redondas, Michel supo que aquel hombre le resultaba familiar. Tal vez lo hubiera visto en una revista, o en las páginas del periódico que llegaba —con días de retraso— al orfanato.

—¿Es usted famoso?

El viejo rio con timidez ante aquella pregunta. Luego declaró.

—Bueno, soy escritor, y he recibido algunos miles de cartas de chicos como tú que me consultan cosas. Pero es la primera vez que me hacen esta pregunta. Me presento. Hermann Hesse.

Michel le dio su nombre y su apellido de huérfano antes de preguntarle cómo había ido a parar a aquel bosque de los Alpes franceses.

—Caminé por estos senderos en mi juventud —respondió—, y he tenido que esperar a que termine esta estúpida guerra para poder volver. Y tú, ¿qué haces aquí?

Por primera vez Michel decidió explicar abiertamente su propósito, que fue recibido por el escritor con expresión solemne. A continuación se apoyó contra un tronco y cruzó los brazos suavemente para decirle:

—No es ninguna tontería lo que estás haciendo, sobre todo porque es por amor a una chica. Pero debes saber que el amor no existe para hacernos felices, sino para mostrarnos cuánto podemos resistir.

Hermann revolvió los cabellos del pequeño antes de concluir:

—Yo mismo cortaré un estrella de mi camisa para ti, pero antes quiero que conozcas la carta que me ha mandado un joven monje de Indochina, porque te hará entender lo que significa el amor a la naturaleza.

El escritor sacó de su abierto un sobre cuidadosamente doblado y extrajo de su interior una hoja de papel con una docena de líneas escritas con plumilla.

—Léela tú mismo —dijo tendiéndole la hoja de papel—. Está escrita en tu idioma.

Si eres poeta, verás con claridad que hay una hube flotando en esta hoja de papel. Sin una nube, no hay lluvia; sin lluvia, los árboles no pueden crecer, y sin árboles, no se puede hacer papel.

Si miramos aún más profundamente esta hoja de papel, podemos ver en ella el brillo del sol. Si la luz del sol no está ahí, el bosque no puede crecer. En realidad nada podría crecer. Ni siquiera nosotros podríamos crecer sin el sol. Y si seguimos mirando, podemos ver al leñador que cortó el árbol y lo llevó al molino para ser transformado en papel. Y vemos el trigo. Sabemos que el leñador no puede existir sin su plan de todos los días y, por tanto, el trigo que se convirtió en su pan también está en esta hoja de papel. Y la madre y el padre del leñador también están ahí. Dando un paso más, podemos ver que también nosotros estamos en ella. Esto no es tan difícil porque, cuando miramos la hoja de papel. Ella es parte de nuestra percepción. Tu mente está en ella. Y la mía también. No hay nada que no puedas incluir: el tiempo, el espacio, la tierra, la lluvia, los minerales del suelo, el sol, la nube, el río, el calor. Todo coexiste en esta hoja de papel; no estamos aislados. Esta hoja de papel es porque todo lo demás es. Este papel, tan finito, contiene es sí todo el universo.

VI. *El secreto del amor a la naturaleza*

El universo entero está presente
en esta hoja de papel



Jhat Hanh

13

Un día más

Dado que se había propuesto cazar al día siguiente las tres estrellas que le faltaban, antes de regresar a los barracones Michel detuvo bajo el soportal donde había encontrado a Herminia por primera vez.

Al verla le pareció que no se hubiera movido de allí en todo aquel tiempo. Envuelta en su manta llena de manchones, en aquel momento tomaba algo parecido a una sopa de un pequeño cazo.

—Aquí llega el cazador de estrellas —dijo con voz alegre y estridente—. ¿Cuántas llevas ya?

—Seis.

—¡Bravo! Estás dentro de los plazos previstos.

—Me temo que no —respuso angustiado—, porque Eri está al límite de sus fuerzas y me temo que abandone antes de que pueda entregarle su corazón lleno de estrellas. Por eso quiero recortar mañana los tres retales que me faltan.

—Fantástico. Si los consigues, dedicaré toda la noche a tejer un corazón lleno de estrellas para Eri. El boticario me ha regalado una bolsa del algodón para rellenarlo. Eso sr, recuerda que el corazón no funcionará si no encuentras la estrella secreta.

—La décima, lo sé. Pensaré en ello en su momento, Herminia, pero ahora me preocupa dónde encontrar las otras tres. Por más vueltas que le doy, no encuentro más clases de amor fuera de estas seis.

Herminia protestó, porque no estaba en el trato revelarle las categorías del amor, pero finalmente accedió a ayudarlo después de que Michel le enumerara las seis que llevaba recogidas.

—Hablas de personas, animales y plantas —gruñó la mendiga—, pero no tienes en cuenta algo muy importante que hacen los seres humanos. Algo que permite que los muertos sigan hablando miles de años después. ¿Lo captas?

Michel negó con la cabeza mientras la anciana se desesperaba.

—Te daré la última pista: suele ser rectangular y arde con el fuego.

—¡Libros! —exclamó él—. ¡El amor a los libros!

—O a la cultura y el arte, como quieras llamarlo. Y te daré una pista sobre la estrella número ocho: incluye las seis primeras que ya has encontrado.

El buscador de estrellas reflexionó que tenían en común las personas, los animales y las plantas, el agua y el oxígeno que respiramos. Todo ello tenía....

—Vida —declaró seguro de su deducción—. La octava estrella es el amor a la vida. Con eso ya lo tenemos todo, ¿no? ¿Qué clase de amor engloba la novena estrella?

—Mírate en el espejo —repuso la anciana.

Estaba todo dicho.

14

La dieta de los libros

Si alguien representaba en Selonsville el amor a los libros y a la cultura era Madame Mercier. Llevaba de bibliotecaria desde el nacimiento del siglo y no se cansaba de alentar a los pocos visitantes para que probaran su dieta de un libro por semana.

«Es lo mínimo para tener la cabeza bien amueblada», solía decir.

Decidido a obtener las tres estrellas que le faltaban aquel mismo día, Michel entró corriendo en la biblioteca municipal cuando el reloj marcaba las tres y cuarto.

Ya en la sala de lectura, un aprendiz con cara de lagarto le informó con desgana que la jefa no llegaría hasta las cuatro de la tarde. Contrariado con aquel imprevisto, se sentó a la mesa donde reposaban en desorden los periódicos locales de la semana anterior.

Al abrir el primero de ellos, y luego el segundo y el terceo, el rostro de Michel pasó del rojo encendido a un blanco sepulcral. No había sido consciente de hasta qué punto eran conocidas sus fechorías. A medida que leía sintió cómo un sudor frío le bajaba por la frente:

«EL FANTASMA DE LAS TIJERA SIEMBRA EL PÁNICO EN LA CIUDAD».

«UNA COMISIÓN CIUDADANA PREPARA PATRULLAS URBANAS PARA CAZAR AL AUTOR DE LOS ATAQUES».

«EL ALCALDE DE SOLNSVILLE OFRECE UNA RECOMPENSA DE 300 FRANCOS A QUIEN APORTE INFORMACIÓN PARA DETENER A EL TIJERAS».

«LAS PRIMERAS DESCRIPCIONES DEL BANDIDO MÁS PELIGROSO CAUSAN ASOMBRO: EL TIJERAS ES UN NIÑO».

Michel se alejo a toda prisa de la mesa de los periódicos, como si el solo hecho de estar allí lo convirtiera en sospechoso. No podía permitir que lo capturaran justo el día que iba a completar su misión.

Cuando la eterna bibliotecaria —nadie sabía a ciencia cierta qué edad tenía —entró en la sala, el niño corrió en dirección a ella como un naufrago hasta su tabla de salvación. No había tiempo que perder. En cuanto alguien lo reconociera, le echarían el guante y todo habría terminado.

Para Eri y también para él.

La mujer cuyas gafas tenían una montura tan antigua como el siglo escrutó al pequeño con indignación:

—¿Has venido a jugar a la biblioteca? ¡Largo de aquí!

—Madame Mercier, vengo a empezar la dieta de los libros.

La expresión de la mujer se suavizó al oír aquello. Una docena de ojos observaban sin disimulo aquella conversación insólita entre la bibliotecaria de Selonsville y el niñato al cual casi nunca habían visto allí.

—Yo también quiero leer un libro por semana.

—Pssst... Estás molestando a los lectores. Además, eres muy pequeño para leer tanto. Deberías empezar por..

—¡Quiero empezar hoy mismo! —dijo elevando la voz deliberadamente.

La treta obtuvo el efecto deseado.

—Acompáñame al despacho. Vamos a tener una conversación privada tú y yo.

El caminito de ambos hacia la minúscula oficina al fondo de la sala fue seguido por la totalidad de los lectores, que levantaron los ojos de los libros para no perderse aquella curiosa escena.

Si alguno de ellos había visto a Michel con las manos en la masa, pensó, en cuestión de segundos sería denunciado y capturado. En cualquier caso, era demasiado tarde para cambiar de idea. Había que jugarse el todo por el todo.

Madame Mercier cerró el despacho de un portazo e inclinó las antiguas gafas sobre el niño.

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo?

—Quiero leer —prosiguió en su papel—. No puedo ser toda la vida un niño de orfanato. Por eso tengo prisa en aprender y quiero empezar la dieta hoy mismo. Un libro por semana, ¿no?

—Tranquilo, chiquillo... —lo calmó la bibliotecaria, admirada por aquella tenacidad—. No se trata de leer mucho, sino de amar lo que lees, que viene a ser lo mismo que amar a las personas. A fin de cuentas, los libros están escritos por seres humanos y la mayoría hablan de otros seres humanos. Por tanto, leer es un acto de amor. Por el mismo motivo debemos acercarnos al arte, a la música, a todo lo bello que puede crear un ser humano que ama la vida.

Eres la persona que buscaba, se dijo Michel mientras se preguntaba cómo lograría arrancar una estrella de la bibliotecaria, que siguió sermoneándolo.

—Lo del libro semanal lo dijo porque muchos habitantes de Selonsville no leen ni un libro al año. Es una forma de empujarlos a que se interesen más por la lectura.

Tras decir esto sacó del bolsillo da la blusa un pañuelo para limpiarse las gafas. Michel entendió que había llegado su oportunidad:

—No se asuste, Madame Mercier, pero una araña está subiendo por ese pañuelo.

La bibliotecaria soltó el trozo de tela con un grito y salió disparada del despacho. Mientras Michel agradecía que la aracnofobia fuera un miedo tan extendido, se dispuso a librar la siguiente batalla.

VII. *El secreto del amor a los libros*

El sabio no se reconoce por todo
lo que sabe, sino por todo lo que ama.



15

Una idea de bombero

Como ejemplo de amor a la vida, Michel valoró diferentes ciudadanos de los que había oído hablar elogiosamente.

Estaba el médico más veterano del hospital donde languidecía Eri. De él se decía que había salvado más de tres mil vidas a lo largo de su carrera.

Otro candidato era la directora de la protectora animal de Selonsville. Desde mucho antes de que él hubiera nació, cada año rescataba de una muerte segura a un centenar de perros y al número similar de gatos.

En tercer lugar estaba una mujer centenaria que había plantado más de quince mil árboles a lo largo de su existencia.

Sin embargo, Michel no eligió ninguno de los tres como ejemplo de amor por la vida. Tal vez porque preferían una muestra concreta de amor a una cifra o estadística. Recordó el caso de un joven bombero de Selonsville cuya esposa se había fugado con un taxista de la ciudad para más tarde marcharse a Tennessee con un soldado americano.

Un año después de aquel escándalo, que fue tema de primer rango entre los chismorreos locales, un rayo alcanzó la casa de madera donde el taxista vivía nuevamente solo.

Tras saber quién había dentro de la casa en llamas, el bombero estuvo a punto de perder la vida para sacar del incendio al mismo tipo que le había birlado la mujer.

Se comentaba que, cuando los dos se hallaron fuera de peligro, el taxista preguntó al bombero por qué había arriesgado su vida por alguien que le había causado tanto sufrimiento.

La respuesta, que había corrido de boca en boca, generaba desde entonces multitud de interpretaciones: «Lo he hecho por mí», había respondido el bombero, «no por ti».

Aquel héroe no resultó difícil de localizar, ya que se encontraba de guardia en el puesto de bomberos. Puesto que en aquella ciudad se producía un incendio cada dos o tres meses, Michel lo encontró entregado a una ruidosa siesta sobre una colchoneta reservada para el turno de noche.

La ocasión no podía ser mejor.

El niño se agachó con sigilo y cortó un pedazo de tela de la pernera del pantalón. Tras guardar el retal cuidadosamente en su bolsillo —luego tendría tiempo de darle forma de estrella— se dio la vuelta con gran cuidado.

Ya estaba a punto de salir por la puerta, cuando una mano grande y fuerte lo agarró por el cuello.

—Quiero parado.

Michel se giró aterrorizado hacia el joven bombero, que tras el destrozo en su pantalón parecía sacar fuego de los ojos.

—No sé por qué —dijo—, pero no me extraña nada que el monstruo de las tijeras seas tú. Al gendarme le encantará conocerte, renacuajo.

—Por favor, no lo hagas —le imploró con lágrimas en los ojos.

—Dame un motivo por el que no debería hacerlo.

Pese a estar muy asustado, o precisamente por eso, Michel supo contraatacar con la pregunta adecuada:

—Dame tú un motivo por el que te jugaste la vida por sacar al taxista de la casa en llamas.

—No hay motivo —repuso repentinamente serio—. Es mi trabajo, tan sencillo como eso.

—Pero, cuando él te preguntó lo mismo que yo, le contestaste: «Lo he hecho por mí, no por ti» ¿No es cierto? ¿Qué querías decir con eso?

El bombero soltó a su presa y entornó la mirada para buscar la respuesta. Michel podría haber aprovechado aquel momento para huir, pero estaba demasiado interesado en lo que el bombero tenía que decirle.

—Verás —empezó—, si hubiera dejado que se achicarrara ahí dentro habría cargado con dos pernas: la pérdida de mi mujer y la del taxista. En la primera no pude hacer nada, pero la de él estaba en mi mano.

—Entonces lo perdonaste.

El bombero suspiró antes de decir:

—Perdonar es la única manera de permitir que los demás puedan ser otra cosa, eso es algo que aprendí de mi padre. Si matas a un ladrón, lo condenas a ser sólo eso para siempre. Volviendo al taxista, si no lo hubiera salvado, mi hermana ni mi sobrina habrían sobrevivido. Todos necesitamos a todos.

—No te entiendo —repuso Michel olvidando por un momento que aún le faltaba una estrella—. ¿Qué tiene que ver tu hermana y tu sobrina con el taxista?

—Todo. Verás: seis meses después del incendio mi hermana se puso de parto mientras su marido estaba de viaje. Había sido un embarazo muy complicado y empezó a perder sangre. Cuando logró bajar las escaleras, en plena madrugada, las calles estaban desiertas a excepción de un coche solitario que pasaba por ahí. Alguien volvía a casa después de una larga jornada nocturna.

—¡Tu amigo el taxista! —exclamó Michel.

—Ajá. De no haber sobrevivido al incendio, mi hermana hubiera muerto aquella misma madrugada. Y probablemente mi sobrina habría corrido la misma suerte. Moraleja: no te lo pienses dos veces cuando puedas salvar a alguien, porque quizás te estés salvado a ti mismo.

VIII. *El secreto de amor a la vida*

La calidad de un corazón no reside
En cuánto amor puede dar a uno,
sino en cuántos unos caben en ese corazón.



16

Las estrellas y el corazón

«Mírate al espejo», había dicho Herminia cuando le había preguntado por la novena estrella. Michel no tenía duda de cuál era la clase de amor que cerraba el corazón que iba a tejerse aquella misma noche.

El amor a uno mismo.

Y no necesitaba ir muy lejos para encontrarlo, ya que para llegar hasta allí había tenido que superar más pruebas de las que había esperado encontrar en toda su vida.

Recordó una frase de Hery Ford, el constructor de coches, que había leído una vez en una revista: «Tanto si crees que puedes conseguirlo como si creer que no puedes, tienes razón».

Michel había creído y, por tanto, le correspondía a él mismo entregar la estrella que completaba el corazón. Desenfundó las tijeras y cortó una estrella del suéter que abrigaba su pecho.

Con las nueve estrellas en el bolsillo, partió entonces en busca de Herminia.

Mientras corría hacia la anciana, el último retal cosechado le recordó algo que le había dicho un sacerdote que acostumbraba a visitar el orfanato. Era un anciano muy bondadoso que siempre tenía palabras de ánimo para todos los internos.

Había tropezado con él al salir del comedor, donde aquel domingo habían tenido doble ración de habichuelas. El religioso lo

había seguido hasta el patio, donde en aquel momento se iniciaba un partido de balompié, y le había preguntado: «¿Por qué no juegas?».

«La verdad es que no me gusta correr detrás de balón», había respondido Michel, «prefiero mirar cómo juegan ellos. Y si el partido es malo pienso en mis cosas».

«No siempre. Me gustan mis compañeros y mis compañeras», repuso sin revelarle que una de ellas le gustaba de manera especial, «pero a veces necesito estar solo».

«El árbol solitario crece más fuerte», le había dicho el anciano, «y eso le sirve para dar frutos más sabrosos a los demás. Del mismo modo, si te amas a ti mismo, que no sea para ponerte en un pedestal desde el que mirar al mundo. Como el árbol solitario, has de valorarte para luego entregar ese valor a los demás. Sólo tenemos aquello que podemos entregar».

Mientras recordaba estas palabras que tanto le habían impresionado, Michel llegó al soportal donde había empezado aquella insólita misión.

Encontró a Herminia dormida y envuelta en su manta. Eran las ocho, habían pasado la hora de regresar al orfanato. Y era mejor así, porque necesitaba llevar a Eri su corazón lleno de estrellas antes de que fuera demasiado tarde. Este sentimiento de urgencia hizo que despertara a la anciana con un suave codazo.

—Vienes a que componga tu corazón —dijo abriendo los ojos con dificultad—. Eso es algo que requiere mucha calma y atención, así que échate a dormir mientras tomo hilo y aguja. Puedes dejar las estrellas en mi regazo. Mañana cuando abras los ojos, se habrán convertido en corazón.

IX. *El secreto del amor a uno mismo*

No importa lo que eres, sino
lo que puedes llegar a ser.



17

La décima estrella

Tal como le había prometido la anciana, cuando Michel abrió los ojos, bajo la primera luz del alba, lo primero que vio fue un corazón lleno de estrellas.

Era más grande que su cabeza y estaba tejido con los trozos de tela que había ido recortando de los nueve ejemplos de amor. Relleno de algodón blanco y puro, las estrellas encajaban entre sí a la perfección, e incluso los colores parecían haber sido elegidos ex profeso.

Lo sospesó a la vez que admiraba cómo el conjunto formaba un perfecto corazón. Tras besar a Herminia lleno de agradecimiento, antes de iniciar la última etapa de aquel viaje, recordó algo que hasta entonces no le había preocupado.

—Desde el principio me has hablado de esta décima estrella, la que permite que las otras nueve tengan fuerza.

—Eso es.

—¿Dónde la encontraré? —preguntó inquieto.

—En ningún sitio. La llevas contigo.

Michel pensó que le estaba hablando de forma simbólica, así que señaló su propio pecho y dijo:

—¿En mi corazón?

—Frío, frío... —repuso Herminia—. Debes poner corazón en todo lo que hagas, también en esto, pero la décima estrella no se refiere exactamente a esto.

—Pero has dicho que la llevo contigo. Si no está en el corazón, ¿dónde está? —Se señaló la sien entes de preguntar—. ¿En la cabeza?

—Tibio tirando a caliente —sonrió la anciana—. Te dije lo mismo: al igual que el corazón, la cabeza interviene... pero la décima estrella es otra cosa. Ahora vete o llegarás tarde.

Herminia se descubrió con la manta dispuesta a dormir tras pasar la noche en vela.

Intrigado, Michel salió a la carrera con el corazón lleno de estrellas bajo el brazo. Y no dejó de correr hasta llegar al gris edificio del hospital. Una vez más, las piernas le temblaron al trepar los escalones hasta el segundo piso y atravesar el pasillo que llevaba a la habitación de Eri. «¿Y si había llegado tarde?», se preguntó nuevamente angustiado.

Tal vez por la hora temprana no encontró a nadie en la habitación. No había médicos ni enfermeras. Ni siquiera la monja gruñona montaba guardia junto al cuerpo consumido de Eri, que mostraba una palidez casi transparente.

A su lado, en un oscuro monitor aparecía una línea blanca casi plana. Sus constantes vitales se habían reducido a una suave curva que parecía a punto de desmoronarse definitivamente.

Esto no asustó tanto a Michel como descubrir que le habían retirado el suero que la alimentaba. Entendió, lleno de desesperación, que la estaban dejando morir.

Antes de que llegara el momento final, puso sobre el pecho de su amiga el corazón lleno de estrellas.

Sin embargo, nada cambió. El rostro rígido de Eri, su palidez mortecina, la curva cada vez más imperceptible en el monitor... Todo indicaba que el momento del adiós era inminente. Michel podía agradecer haber llegado a tiempo para desechar buen viaje.

Mientras agarraba la mano sin vida de la niña, de repente recordó el misterio de la décima estrella. La que daba fuerza a todas las demás. Estaba más cerca de la cabeza que del corazón aunque ambos intervenían en lo que...

La mano libre de Michel se posó sobre sus propios labios. Fue entonces cuando, de repente, comprendió que tenía que decir algo. No bastaba con amar a los seres vivos, ni con ayudar al enemigo como si se tratara de un hijo. Las nueve clases de amor necesitaban, en un momento como aquel, algo más.

Acercó su boca a la oreja pequeña y fría de su amiga y le susurró:

—Te quiero, Eri.

Primero fue un ligero movimiento de párpados, como si los globos oculares giraran bajo la fina piel. Luego las pestañas de Eri empezaron a temblar, mientras la línea blanca abandonaba la horizontalidad para trazar picos cada vez más escarpados.

Cuando finalmente abrió los ojos, Michel supo que acababa de encontrar las décima estrella, el secreto último del amor.

No bastaba con amar, también había que decirlo.

X. *El secreto último del amor*

Hay quien hace pero no dice y hay quien dice pero no hace. Para amar hay que hacer y decir. Éste es el secreto último del amor. Los latidos del corazón nunca son silenciosos.



Epílogo

Habían pasado diez años desde aquella esperada primavera en Selonsville. De hecho, la última nieve no se había fundido hasta la mañana siguiente de «el milagro de Eri», como había sido llamado el acontecimiento.

Así como los médicos no habían sabido por qué la niña había entrado en coma, acogieron con igual sorpresa su regreso al mundo de los despiertos.

Desde entonces mucho había llovido y nevado, pero ninguna primavera fue tan perfecta como la del 1956. El sol acariciaba suavemente las calles de Selonsville, donde habían abierto nuevos comercios y un esperanzado optimismo se había apoderado de sus habitantes.

Se había propagado la creencia de que todo saldría bien.

Michel había abandonado hacía tiempo el orfanato. Vivía encima de la tienda del boticario, donde había empezado a trabajar de aprendiz cinco años atrás. El farmacéutico se sorprendía de lo rápido que aprendía el mozo, aunque le contrariaba que muchos clientes se fueran sin comprar nada, reconfortados por alguna palabra o broma del joven dependiente.

«No sé qué les das», le recriminaba, «pero, su esto sigue así, voy a tener que cerrar».

Aquel domingo, sin embargo, el aprendiz tenía el día libre y paseaba de la mano de su prometida. Si él había crecido como un

joven elegante y esbelto, Eri había desplegado una extraordinaria belleza que deslumbraba a su paso.

Michel repartía felicidad a todo aquel que se lo permitiera en Selonsville, pero guardaba en lo más profundo una secreta pena. Poco después del «milagro de Eri», Herminia había desaparecido y no había vuelto a saber de ella.

Por los años que habían transcurridos, estaba convencido de que la frágil anciana había muerto hacía tiempo... hasta que aquel domingo por la mañana la vio sentada bajo el mismo soportal. Parecía como si nunca se hubiera movido de allí.

Eri leyó en la mirada emocionada de su novio de quién se trataba.

—¿Es...?

Pero él ya corría hacia Herminia, que dejó de tejer algo parecido a un chal para abrazar al apuesto joven. También ella, aunque fuera diez años mayor, tenía buen aspecto. Se la veía limpia y llevaba vestido y calzados nuevos.

Michel no entendía nada. Tras presentarle a su prometida, la propia anciana se encargó de resumir brevemente lo que había sucedido durante aquellos diez años.

—Un sobrino que creía muerto en la guerra me encontró y me llevó a vivir con él en una población algo lejos de aquí. Ha hecho fortuna y, como es un soltero empedernido, tenemos más que suficiente para vivir los dos.

—¿Y qué haces aquí, entonces, como una mendiga? —preguntó Michel mientras la curiosa Eri no se perdía detalle de la conversación.

—He venido por dos motivos —respondió con voz calmada—. Uno es nostalgia. Tras diez años de comodidades me apetecía volver a un lugar donde fui feliz a pesar de todo. Pero hay un motivo más importante aún... este chal de lana fina.

Los ojos de Eri y Michel se dirigieron a la tela azul, sobre la que la anciana había tejido diez frases con hiladas blancas.

—Me ha dicho un pajarito que mi joven amigo ha encontrado novia y tiene ya planes de boda.

—Bueno —se sonrojó él—, algo así hemos pensado, aunque no ganamos suficiente para tener casa propia.

—Eso llegará —repuso Herminia con certeza—. El regalo de bodas que os voy a hacer es más importante que todas las riquezas que podáis amasar con vuestro esfuerzo. ¿Todavía guardas el corazón, chiquilla?

Antes de que Eri pudiera contestarle, la anciana prosiguió:

—En todo caso, lo que he estado tejiendo no es para vosotros sino para vuestros hijos. Cuando vengan al mundo, colgadlo en su habitación para que encuentre siempre el camino del corazón. No hay que esperar a encontrarnos entre la vida y la muerte para entender lo esencial.

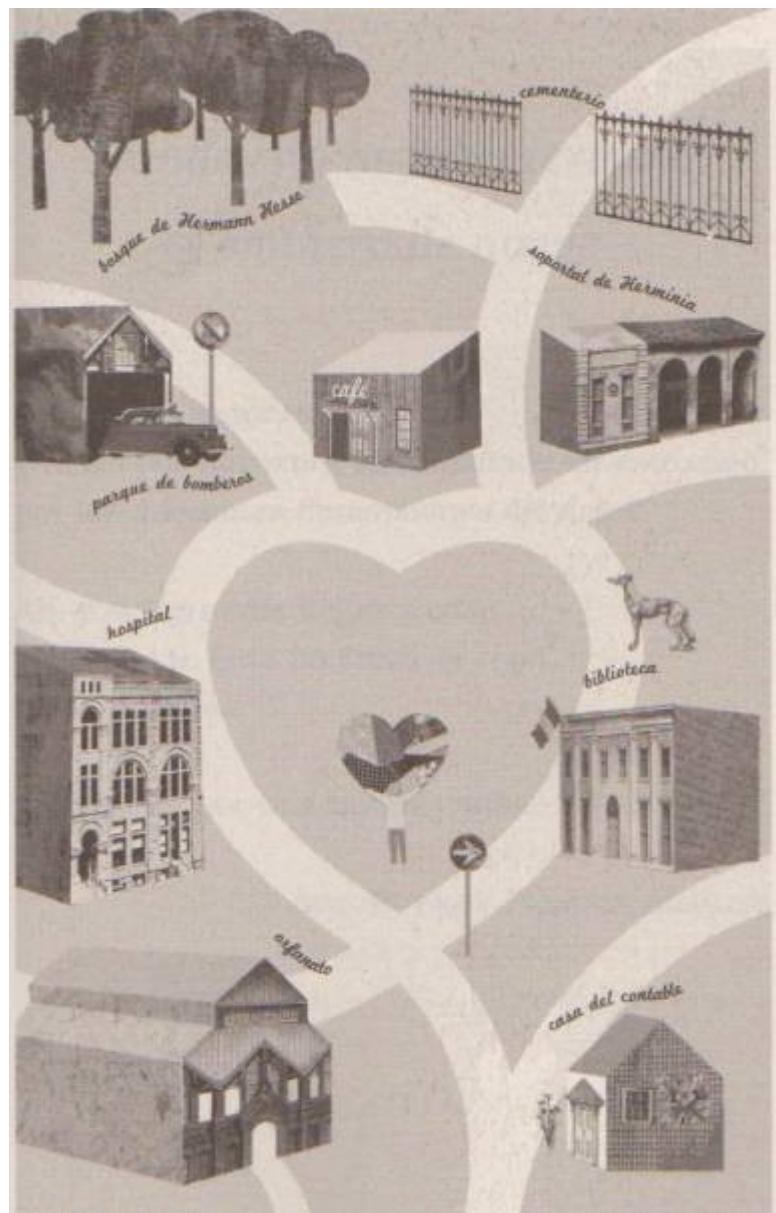
Herminia se incorporó lentamente y entregó a Eri, que le sacaba dos palmos, un chal en el que estaban tejidos los diez secretos del amor. Los mismos que, diez años atrás, habían servido para confeccionar un corazón lleno de estrellas.

La joven pareja se acercó a las hiladas para leer los secretos que ni ellos ni los suyos iban a olvidar jamás.

Los diez secretos del amor

1. Si no te enamoras de la vida, la vida no se enamorará de ti.
2. El amor es una conquista constante.
3. Los hijos con nuestros maestros en la vida.
4. Al elegir a los amigos, elegimos nuestra familia espiritual.
5. Los animales nos enseñan a ser humanos.
6. La naturaleza es nuestra primera casa.
7. El sabio se conoce por todo lo que ama.
8. Un corazón grande alberga a todos los demás.
9. No importa lo que eres, sino lo que llegarás a ser.
10. No sólo hay que dar amor, también hay que expresarlo.

Mapa del amor



***Donde esta historia termina
y empieza de nuevo***

Querido/a lector/a:

Gracias por habernos acompañado en este viaje
por las diferentes dimensiones del amor.

Ah, y si algún día llegas a casa
y ves que te falta un trozo de ropa,
no te extrañes.

Tal vez sea por una buena causa.

Álex Rovira y Francesc Miralles



*Estrellas de amor
para navegantes intrépidos*

El amor romántico

«Sal de tu sueño, viejo gato,
y, entre grandes bostezos
y estiramientos,
sal a buscar el amor».

Issa

«Una campana no es una campana
hasta que la tocas,
una canción no es una canción
hasta que la cantas, y el amor
en tu corazón no fue puesto allí porque sí,
el amor no es amor hasta que lo das».

Oscar Hammerstein

«El amor convierte el callejón de la Soledad
En la avenida del Paraíso»

Thomas Hood

«Nuestra lama tiene ilusiones,
como el pájaro alas.
Eso es lo que la sostiene».

Victor Hugo

«La historia ideal es la de dos personas
que se enamoran paso a paso,
con la conciencia agitada,
como un par de niños que se internan
en una habitación oscura».

Robert Louis Stevenson

«En una hora de amor hay una vida entera».

Honoré de Balzac

«El amor es un símbolo de la eternidad.
Barre todo sentido del tiempo,
destruyendo todo recuerdo de un principio
y todo temor a un final».

Madame Staël

«El amor es la droga definitiva».

Bryan Ferry

«Ir sin amor por la vida es
como ir al combate sin música,
como emprender un viaje sin un libro,
como ir por el mar sin estrella que nos oriente».

Stendhal

«Hay tiempo en los que el amor parece haber
terminado... pero estos desiertos del corazón
son simplemente el camino
hasta el próximo oasis, que es mucho más
frondoso y bello después de haber
cruzado el desierto»,

Madeleine L'Engle

El amor de larga duración

«El amor lo tolera todo, lo cree todo...
lo soporta todo.
El amor es eterno».

San Pablo

«El verdadero amor no es más que
el deseo inevitable de ayudar al otro
a que sea quien es en verdad es».

Antonie de Saint-Exupéry

«No estás “enamorado” de ella, sino
“enamorado de la vida a través de ella”».

Stewart Emery

«Pues el amor no conoce estaciones,
ni climas, ni horas, días o meses,
que son los harapos del tiempo».

John Donne

«Nada es más dulce que el amor;
nada más fuerte, nada más alto,
nada más ancho, nada más feliz,
nada más pleno, nada hay
mejor en el cielo ni en la tierra».

Thomas de Kempis

«El amor es un trabajo sagrado».

Albert Jumilla

«Eres prisionero de mi corazón;
y he perdido la llave».

Canción popular alemana

«Los verdaderos huertos frutales
y los verdaderos frutos
están dentro del corazón».

Jalal Al-Din Rumi

«La vida es breve, pero el amor es eterno».

Lord Alfred Tennyson

El amor a los hijos

«Cada niño que viene al mundo nos dice:
“Dios aún no ha perdido la esperanza
en el ser humano”».

Victor Hugo

«Cuando educas a tu hijo,
estás educando al hijo de tu hijo».

El Talmud

«Los niños saben gozar del presente,
cosa que rara vez nos sucede a nosotros».

Jean de la Bruyère

«Los que temen convertirse en padres
no entienden que la paternidad no es algo
que ejerzan los hombres perfectos,
sino algo que perfecciona al hombre.
El producto final de criar a un hijo
no es el niño, sino el padre».

Frank Pittman

«El matrimonio y los hijos
te aportan flexibilidad emocional.
Te enseñan a llevarte bien
con la vida de otra gente».

Bruce Springsteen

«Los niños son la esperanza del mundo».
José Martí

«Educad a los niños y no será necesario
castigar a los hombres».
Pitágoras

«Una familia feliz no es sino un paraíso anticipado».
Sir John Browning

«¡Qué agradable es para un padre
tener a su hijo sentado en el regazo!
Es como para un anciano estar protegido
por la sombra de un roble
que él mismo ha plantado».

Walter Scott

«Dos son los legados
que debemos
dar a nuestros hijos:
uno es las raíces, el otro es las alas».

Hodding Carter Jr.

El amor a los amigos

«¿Cuál es el arte de una buena amistad?
si quieres ser amado, ama».

Publio Siro

«Quizá para el mundo puedes ser sólo una persona,
pero para una persona puedes ser el mundo».

Brandi Snyder

«Guarda a tu amigo
bajo llave de tu propia vida».

William Shakespeare

«No camines delante de mí, porque
no te podré seguir.
No camines detrás de mí, no te podría guiar.
camina a mi lado y seamos amigos».

Albert Camus

«Un amigo conoce la canción de tu corazón
y te la canta cuando te falla la memoria».

Donna Roberts

«Un hermano puede no ser un amigo;
pero un amigo siempre será un hermano».

Benjamin Franklin

«El sedero hacia la casa del amigo
nunca es largo».

Proverbio danés

«Algunas personas se refugian en los sacerdotes;
otras en la poesía; yo me refugio en los amigos».

Virginia Wolff

«La amistad es más difícil
y más rara que el amor.
Por eso hay que salvarla».

Alberto Moravia

«El mayor bien que puedes hacer por otro
no es sólo compartir tus riquezas,
sino revelarle las suyas».

Benjamin Disraeli

El amor a los animales

«Yo quisiera ser civilizado como los animales».

Roberto Carlos

«El tiempo que pasamos con un gato
nunca es malgastado».

Sigmund Freud

«Errar es humano, perdonar es canino».

Anónimo

«Los ojos de los animales tienen el poder
de hablar un gran leguaje».

Martin Buber

«Podemos juzgar el corazón de un hombre
por el trato que da a los animales».

Immanuel Kant

«Si tener alma significa ser capaz de sentir
amor, lealtad y gratitud,
entonces los animales están
mucho más avanzados que nosotros».

James Herriot

«Hasta que no hemos amado un animal
una parte de nosotros queda dormida».

Anatole France

«Los gatos fueron puestos en el mundo
para desmentir el dogma de que
todas las cosas fueron creadas
para servir al hombre».

Paul Grey

«Los animales son buenos amigos:
no hacen preguntas ni critican».

George Eliot

«Sentarse con un perro en la colina
en una tarde gloriosa es regresar al edén,
cuando no hacer nada no era aburrido,
era paz».

Milan Kundera

El amor a la naturaleza

«Hay un libro abierto siempre
para todos los ojos: la naturaleza».

Juan-Jacques Rousseau

«Las flores son las palabras y jeroglíficos
más bellos con lo que la naturaleza
nos demuestra cómo nos ama».

Johann Wolfgang von Goethe

«El corazón se endurece cuando se aleja
del mundo natural».

Oso Erguido

«La naturaleza es grande en las grandes cosas,
pero es grandísima en las más pequeñas».

Saint-Pierre

«Dejemos obrar a la naturaleza,
porque conoce mejor que nosotros su trabajo».

Michel de Montaigne

«Eres un hijo de universo,
no menos que los árboles y las estrellas.
Tienes derecho a estar aquí».

Desiderata

«La naturaleza nunca hace nada sin motivo».

Aristóteles

«Adopta la senda de la naturaleza:
su secreto es la paciencia».

Ralph Waldo Emerson

«Dios no sólo escribió su obra en la Biblia,
sino también en las flores
y en las nubes y las estrellas».

Martin Luther King

«Podrán cortar las flores
pero no podrán detener la primavera».

Pablo Neruda

El amor a los libros

«El libro es como un jardín
que llevamos en el bolsillo».

Proverbio chino

«No hay mejor fragata que un libro
para llevarnos a tierras lejanas».

Emily Dickinson

«Un libro debe ser como un rompehielos
para penetrar en los mares congelados
en nuestras almas».

Frank Kafka

«Buscad leyendo y hallaréis meditando».

San Juan de la Cruz

«El libro es fuerza, es valor, es poder, es alimento;
antorchas del pensamiento y manantial del amor».

Rubén Darío

«Un buen libro es aquel que, al terminarlo,
te entran ganas de invitar al autor a una copa».

Martin Amis

«Allí donde se queman libros
se acaba por quemar a los hombres».

Heinrich Heine

«La pluma es la lengua del alma».

Miguel de Cervantes

«Los libros sólo tienen valor cuando conducen
a la vida y le son útiles».

Hermann Hesse

«No hay espectáculo más hermoso
que la mirada de un niño que lee».

Günter Grass

El amor a la vida

«El momento que vives es todo lo que tienes».

D.H. Lawrence

«Quien tiene un porqué vivir
puede resistir cualquier cómo».

Freiderich Nietzsche

«Nuestra existencia no es más
que un cortocircuito de luz
entre dos eternidades de oscuridad».

Vladimir Nabokov

«En el día de hoy camina el mañana».

Friederich von Schiller

«Todo el mundo trata de realizar algo grande,
sin darse cuenta de que la vida se compone
de cosas pequeñas».

Frank Clark

«Aprendí que no se puede dar marcha atrás
que la esencia de la vida es ir hacia delante.
La vida, en realidad, es una calle de sentido único».

Agatha Christie

«Quien salva una vida
salva un mundo entero».

Proverbio judío

«Vivir es lo más raro de este mundo,
pues la mayor parte de los hombres
no hacemos otra cosa que existir».

Oscar Wilde

«¿Me preguntas por qué compro arroz y flores?
Compro arroz para vivir y flores
para tener algo por lo que vivir».

Confucio.

«Vivir es nacer a cada instante».

Erich Fromm

El amor a uno mismo

«El amor a uno mismo es la fuente
de todos los demás amores».

Pierre Corneille

«Los hombres olvidan siempre que la felicidad
humana es una disposición de la mente
y no una condición de las circunstancias».

John Locke

«Si te amas a ti mismo
tendrás el mundo a tus pies».

Lucille Ball

«¡Qué bello oficio el de ser una
persona sobre la tierra!».

Máximo Gorki

«Todos los hombres estamos hechos
del mismo barro, pero
no del mismo molde».

Proverbio mexicano

«Deja que el mundo te conozca cómo eres,
no como crees que deberías ser,
porque tarde o temprano, si estás posando,
olvidarás la pose,
¿y entonces dónde estarás?».

Fanny Brice

«El cielo, el infierno y el mundo entero
están en nosotros».

Henry F. Amiel

«Si te amas a ti mismo, amas a todos
los demás como a ti.
Mientras amas a otra persona menos que a ti,
no conseguirás amarte realmente.
Pero si amas a todos por igual, incluido tú mismo,
los amarás como una persona
y esa persona es tanto Dios como hombre».

Maestro Eckhart

«El cisne no necesita bañarse para ser blanco.
Del mismo modo, todo lo que necesitas
es ser tú mismo».

Lao-Tsé

«La lección última que todos debemos aprender
es el amor incondicional,
que no sólo incluye a los demás
sino también a uno mismo».

Elisabeth Kübler-Ross

